

LOS PENSIONADOS EN ROMA.

« Si alguna vez se dirige al gobier-
 » no (el Artista) será solo para propo-
 » nerle los proyectos que crea útiles
 » relativos á la mejora y conservacion
 » de los monumentos públicos, y al
 » adelanto y propagacion de las luces
 » en general. »

Prospecto del Artista.

Esto digimos hace poco mas de tres meses al fundar este periódico, y á fé que no creíamos entonces vernos tan pronto en la dura necesidad de dirigir al gobierno nuestra débil voz, intérprete de las mas justas reclamaciones. Pensábamos que bajo el sistema de justicia que nos rige, no quedaria desatendida ninguna de las obligaciones del Estado, sea cual fuere; y aunque no se nos oculta que el gobierno español tiene que atender á otras mucho mas sagradas que la que vamos á recordarle, no creemos que esta sea una razon para que se nos acuse de poco patriotismo al tomarla en boca. A nuestros dignos compañeros los periódicos políticos les toca tratar de las primeras: la segunda le pertenece de derecho al *Artista*, porque, como dice juiciosamente un antigua refran, *cada uno pide para su Santo*.

El gobierno tiene pensionados en Roma algunos jóvenes de talento para perfeccionarse en el estudio de las bellas artes: estos jóvenes abandonaron su pais y sus familias, bajo la promesa formal de que, inmediatamente despues de su llegada á Roma, se les pasaria una cantidad anual suficiente para que no fuera inútil su permanencia en aquella gran capital, y de que se fundaria para todos ellos una Académia Española, como las que tienen los pensionados de las demas naciones, donde vivieran en comunidad, para mayor economía en sus gastos y mejor aprovechamiento en sus estudios. Hasta ahora no se les ha cumplido ni lo uno ni lo otro. (1) Un célebre escultor español establecido

en Roma hace muchos años, está encargado por el gobierno de dirigir los estudios de aquellos jóvenes, con cuyo objeto se le ha convertido en *suel-do* la *pension* de 12,000 rs. á que le habia hecho acreedor su mérito de artista, aumentada con otros 10,000 que debe cobrar de las rentas procedentes de los establecimientos españoles de Roma; pero estos 10,000 rs., como el cumplimiento de las promesas hechas á los pensionados, pertenecen á la categoría de las cosas imaginarias.

Preguntaremos ahora al gobierno ¿es esto justo? ¿es esto decoroso? Todos los gobiernos civilizados mantienen en Roma un número considerable de jóvenes dedicados al estudio de las bellas artes; el nuestro no puede pensionar á muchos á causa de las necesidades urgentes del Estado; sea enhorabuena; pero á lo menos, á los pocos que ha enviado á aquella capital, cúmplales lo que les ha prometido, ya que ellos cumplen fielmente lo que prometieron. Prescindamos ahora de esta cuestion considerada bajo el aspecto del arte; miremos como cosa indiferente que los pensionados adelanten ó no adelanten, que tengamos algun dia buenos artistas ó dejemos de tenerlos; pero de lo que no podemos prescindir, á fuer de escritores públicos, es de esta cuestion, considerada bajo el aspecto de la justicia. Porque en efecto, el contrato que une al gobierno con sus pensionados es obligatorio para ambas partes: la cantidad que les pasa (ó debe pasarles) no es un beneficio simple, un efecto de su munificencia, nada de eso: en cambio de la pension que reciben (ó debieran recibir) del gobierno, se obligan aquellos jóvenes á enviar á la Académia todos los años algunas muestras de sus adelantos, y á lo menos hasta ahora, ni los pintores, ni los escultores, ni los arquitectos han quebrantado una sola vez esta cláusula de su contrato con el gobierno. ¿En qué, pues, se funda éste para no cumplirles lo estipulado en los reglamentos? Nos abstendremos de hacer comentarios sobre este hecho; insistir en probar su injusticia, seria hacérsela y muy grande al celo é ilustracion del

(1) Los 6000 Reales que reciben serian tal vez suficientes si vivieran juntos en una Académia donde tuvieran habitacion y estudio; pero no en manera alguna faltándoles este requi-

sito. Además, despues de las brillantes muestras de sus adelantos que han enviado, se debió cumplirles la promesa de aumentarles la pension hasta 10,000 reales.

Ministro á quien está encomendado este ramo de la administracion pública.

Pero si poco antes prescindimos por un momento de los adelantos de los pensionados, y miramos como cosa indiferente el que nuestra nacion posea ó no buenos artistas, ahora, en vez de prescindir de ello, no nos cansaremos de repetir que es indispensable, si queremos estar en todo lo bueno al nivel de las grandes naciones de Europa, que el gobierno fomente con todas sus fuerzas los progresos de las bellas Artes en España. No necesitamos que nadie venga á decirnos que hay cosas de un interes mas inmediato en la situacion actual de nuestro pais que las Artes Nobles, y seguramente que entre pagar al ejército de Navarra ó pagar á los pensionados de Roma, no seria dudosa nuestra opinion. Pero cuando consideramos el alto esplendor que dan á los pueblos las creaciones de sus artistas, cuando pronunciamos con tan justo orgullo los nombres de Velazquez, Herrera, Calderon, ¿no hemos de ver con dolor que la generacion que siga á la nuestra no pueda citar ninguna gloria artística reciente? Muy grato es para un español citar los nombres que arriba dijimos; pero estaria de mas que, por evitar la monotonía, pudiéramos alternar con otros algo mas modernos?

Siempre los pensionados españoles se han distinguido en Roma por sus adelantos, y aun no han olvidado los artistas de aquella capital las glorias de Alvarez, Villanueva y otras aun mas recientes que pudieramos citar. Con tales antecedentes; ¿cuanto mas dolorosa debe ser para nuestros jóvenes compatriotas de Roma, la circunstancia de no poder por falta de recursos pecuniarios ponerse con sus obras al nivel de los pensionados de otras naciones!... Que aquellos jóvenes tienen gran talento para las artes, lo prueban no solo los buenos informes que dá continuamente á la academia el Sr. Solá de su aplicacion y disposiciones, sino tambien los trabajos que ya han enviado todos ellos; pero por mas aplicacion y disposiciones que tengan ¿cómo han de emprender grandes obras si carecen de los recursos materiales indispensables para llevarlas á cabo? El pintor y el estatuario no pueden como el poeta, espresar un pensamiento grandioso en medio pliego de

papel, encerrados en una pobre boardilla, sin mas ajuar que una pluma buena ó mala y una jícara para tintero: el pintor necesita modelos, un estudio bien iluminado, lienzo, colores &c; el escultor necesita otro tanto por lo menos. Pues bien, lo repetimos, y lo diremos cien veces si es preciso, aunque se nos tache de machacones: ¿cómo han de enviar á la academia nuestros pensionados buenos cuadros, buenos bajo-relieves sino tienen dinero para pagar estudio, modelo, colores?... mas diremos, ¿si se ven precisados á dar lecciones de dibujo para no carecer de lo absolutamente necesario para satisfacer las necesidades de la vida?

¿Qué idea formarán de nosotros los extrangeros, viendo á aquellos jóvenes españoles en tan lamentable situacion? No nos toca á nosotros discutir las consecuencias políticas de este hecho; pero convengamos en que inspira reflexiones muy poco lisonjeras para nuestro orgullo nacional.

En uno de nuestros números anteriores indicamos los medios de remediar un abuso tan escandaloso. Una simple real orden, dirigida al gobernador (1) de los lugares píos españoles de aquel estado, bastaria para que, asi el director como los alumnos, recibieran sus correspondientes pensiones.

Inesplicable nos parece tambien, que apesar de las numerosas instancias de la academia, de las infinitas representaciones (representaciones que, lo sabemos positivamente, no han obtenido ni aun siquiera una simple respuesta) dirigidas por el Sr. Solá al ministerio de Estado, para que se establezca en Roma, segun lo prometido á los pensionados, una academia española de bellas artes, no se haya llevado aun á efecto esta importante medida. Decimos que nos parece inesplicable, porque poseyendo nuestro gobierno en Roma una porcion de edificios, cualquiera de los cuales seria excelente para el objeto de que se trata, ni aun exigiria gasto alguno de consideracion el cumplimiento de una promesa tan sagrada. Es vergonzoso y ridículo que los pensionados franceses, por ejem-

(1) Este Sr. no está aun reconocido por nuestro gobierno, y sin embargo maneja las pingües rentas de las casas de los hospitales reunidos en aquella corte.

plo, posean en Roma una academia magnífica (academia fundada por su gobierno á costa de inmensos sacrificios) donde encuentran sin salir de su casa todos los objetos necesarios para perfeccionarse en su brillante carrera, y que los pensionados españoles, que pudieran y debieran estar tan bien como ellos á menos coste, pasen en aquel país una existencia miserable é inútil para las artes... ¿Y por qué?....

Si estas razones no hallan en el gobierno la buena acogida que es de esperar, atendido el carácter de notoria justicia que las anima, las repetiremos cien y cien veces, como antes dijimos, hasta que nos cierren la boca por fuerza; porque el *Artista* está decidido á cumplir su noble misión en todas sus consecuencias. Estamos seguros de que la causa que defendemos ahora hallará las mas íntima simpatía en todos los periódicos de la capital: se trata de españoles, de la dignidad nacional, de jóvenes ausentes de su patria, y sobre todo se trata de justicia. ¿Quién no ha de unirse á nosotros para reclamarla? = E. DE O.



PELAYO. (1)

DESCRIPCION DE UN SERRALLO.

III.

De mágicos jardines rodeado
Se alza un rico salon, donde descansa
El moro rey cuando el fatal cuidado
Y cortesano estrépito le cansa:
En él ahora al júbilo entregado,

(1) Véase el número 12.

Del fiero pecho la crueldad amansa,
Plácido canto que deleite inspira
Al son de blanda regalada lira.

Alli, cercado del amable coro
Que el de las Hoúris célicas no iguala,
Quemada en pipa de ambar y de oro
Planta aromosa el gusto le regala:
Y mientras en hombros de su amada el moro
La sien reclina, de su lábio exala
Humo süave, que en fragante nube
En leves ondas á perderse sube.

Cien lámparas de plata el opulento
Soberbio harem con su esplendor enciende,
Y en partes horadado el pavimento
Aromas mil á derramarse ascienden:
Las luces multiplica ciento á ciento
El oro y alabastro en que resplenden,
Y de cristal y azogue relucientes
En jaspe bullen imitadas fuentes.

Lánguida acaso mora peregrina,
En blando lecho de damasco y flores,
Alli voluptuosa se reclina,
Y en sus ojos amor prende de amores:
En tanto que otra de beldad divina
Con aguas de riquísimos olores
Baña la negra cabellera riza,
Que por la airosa espalda se desliza.

Otra de silfas mil tropa lasciva,
Con diademas de oro y de esmeralda,
Saltando en danzas ágiles, festiva
Gira y se enlaza entre gentil guirnalda,
Y deshaciendo el lazo fugitiva,
Desnudo el pecho y la gallarda espalda,
La leve seda al movimiento vuela
Y sus formas bellísimas revela.

El ojo en vano penetrar desea
La en torno casi trasparente gasa,
Y, aunque nada tal vez entre ella vea,
Rápido el pensamiento la traspasa:
Y en tanto en vueltas fáciles ondea
La bella tropa y por las orlas pasa,

Al son süave de las harpas de oro
Resuena el canto en armonioso coro.

Sonrie acaso, y su aspereza olvida,
Viéndolas Aldaimon, y tierno lazo
Téjele en tanto su beldad querida
Con dulce beso y con amante abrazo.
A grata calma y á placer convida,
Y á deleite suavísimo, el regazo
Donde reposa, y por mayor delicia
Blanca y hermosa mano le acaricia.

CUADRO DEL HAMBRE.

IV.

Mas todo en vano fue: bárbaro estrago
Mientras el hambre en la ciudad hacia,
La muerte ya con silencioso amago
Señalaba sus víctimas impía:
Busca en la madre cariñoso halago
El tierno infante, que en su amor confía
Seco el pecho encontrando; ella le mira,
Y horrorizada el rostro de él retira.

Gime el anciano en lecho de tormento,
Y, ya sintiendo la cercana muerte,
Al hijo tiende el brazo amarillento
Y árido llanto al abrazarlo vierte.
Quien con hórridas muestras de contento,
Feliz creyendo su infelice suerte,
A su padre su misma sangre lleva
Para que de ella se alimente y beba.

Viérase allí grabada en los semblantes
La desesperacion: triste suspira
Y eleva aquel las manos suplicantes:
Cual, mordiendo en sí mismo, en ansia espira.
Tal, clavados los ojos penetrantes,
Morir sus hijos y su esposa mira
Con risa horrible, y muere recrugiendo
Los dientes y las manos retorciendo.

Pálido y flaco, y lánguido, con lento
Paso camina el moribundo hispano;
Sobre su lanza carga el macilento
Cuerpo y se apoya en la derecha mano.

Los ojos con horror, sin movimiento,
Ávidos fija sobre el muerto hermano,
Y hambriento goza y lo devora en donde
Avaro cree que á los demas se esconde.

Las calles en silencio sepultadas
Solo ocupan algunos moribundos,
Las manos recientemente enclavijadas,
Despidiendo tal vez ayes profundos:
Laten en torno entrañas destrozadas,
Y miembros de cadáveres inmundos,
Que, forzado del hambre asoladora,
Cual como grato pasto los devora.

Para mayor martirio les presenta
Con recuerdo fatal su fantasía
Los manjares tal vez de la opulenta
Mesa que desdeñaron algun día:
Ora las aves de rapiña ahuyenta,
Ávido, el moribundo en su agonía
Disputando el festin, y sus gemidos
Se mezclan con los fúnebres graznidos.

Cual, al lanzar el postrimer aliento,
Vé feroz buitre que sobre él se arroja,
Y en la angustia del último momento
Lucha con él en su mortal congoja;
Los dedos hince con furor violento
En la entraña del pájaro, que roja
La corva garra en sangre, aleteando
Va con su pico el pecho barrenando.

El moribundo, lívido el semblante,
Los ojos vuelve en blanco en su agonía,
Mientras tenaz el buitre devorante
Ahonda el pico con mayor porfia.
Mas el hombre le aprieta á cada instante,
El ave mas profundizar ansia,
Hasta que así, y el uno al otro junto,
Muertos al fin quedaron en conjunto.



Alberto Regadon.

“ Lo confieso: ¡mi corazón se
 halla muy cambiado hace ya
 mucho tiempo!..... ”
 (Byron. — *El Corsario*.)

I.

¡Espero la víctima!..... Son las once y media de la noche. Un velo negro, en que no brilla una sola estrella, confunde los escarpados montes de Sierra-morena con las inmensas esplanadas de tierra negruzca que circuyen esta peligrosa cordillera. Es el mes de noviembre: la brisa de la noche hiela los vapores de este estuoso terreno sobre las silvestres plantas que alimentan á los millares de animalejos, únicos pobladores pacíficos de esta gran barrera. ¡Alguna vez habrá sido teñida con la sangre del hombre!.....

El graznido del cuervo se oye pasar de una á otra peña. Es animal carnívoro, y acaso espera impaciente devorar las particiones que va á hacerle mi puñal..... ¡yo voy á prepararle el cebo! Pero estos graznidos van acompañados de un eco mas dulce á mis oídos, que los hace no tan atronadores y ásperos como ellos son realmente, y esta voz que los acompaña tiene un sonido tenue y lamentoso; parece una piedra arrojada á un pozo de agua de mucha profundidad. La naturaleza está revestida del manto de la Omnipotencia, y es necesario para presenciar los golpes de un asesino y oír los quejidos de la víctima, que el corazón esté adormecido y guarnecido de bronce, y que el asesinato se haga á la mitad del día. Hace mucho frío..... el aire crece, y conduce á mis oídos una voz: ¡escuchemos!

“¡Dios mío! aparta de mi frente pálida el velo del terror, y serena mi ardiente imaginación que me abrasa las sienes con la sangre que hierve en mi cráneo. La criatura está sujeta á tu poder, y sus ojos por mucho que se eleven hacia tí, no pueden traspasar la barrera que pusiste en las cejas á sus miradas. ¡Aparta de mi frente pálida el velo del terror! no me alucines con los prodigios de tu poder, que sin ellos yo te adoro y te reconozco superior á la grandeza de todos nuestros deseos. Pero mi frente sudorosa se cubre ya con el rocío de las plantas, porque es también de tierra; mis rodillas se doblan, porque es demasiado el peso de mi cabeza, y el hielo ocupa en las venas el lugar de esta

sangre que corre por mis vestidos y los moja; pero mis sienes arden mientras mi cuerpo se cubre con el paño frío de la muerte. ¡Santo Dios, apártame de la tumba! ¡no permitas al buitre devorar mis miembros sobre la huesa de mis padres; que la sangre del hijo no salpique el rostro de quien le dió el ser! ¡Aparta de mi frente pálida el velo del terror!”

¿Quién será este extraño individuo, que á esta hora, á las once y media de la noche, viene á orar sobre una tumba, en el centro de un despoblado de cuatro leguas, sitio destinado á la maldad, tan cerca de las breñas que jamás han sido iluminadas por otra luz que el fulgor de los puñales antes de presentarlos á los estraviados caminantes? ¿Quién, oculto su cuerpo en las tinieblas, descubre su voz y la levanta al cielo, entre los montones de huesos hacinados de los muertos, cuya blancura, manchada aun con algun residuo de carne negra, parece distinguirse en medio de la densa oscuridad que abate y confunde todos los objetos de su alrededor? Solo sé que he de conocerle muy pronto. ¡Ah! si un hombre con el brazo levantado para descargar el golpe sobre su cabeza, le espera detras de una enorme piedra, acaso no tendria aliento para quitárselo al infeliz que tan tiernamente ora. No, sus plegarias son otras que las de un pecho abrasado con los licores y envejecido en la corrupcion de las orgías, y su voz clara, aunque desfigurada por el temor que corta sus palabras, es bien diferente de la de un hombre cuya nariz ha respirado el humo de la sangre reciente, y ha bebido algunas gotas de ella mezcladas en la copa con que ahoga los pocos sentimientos de humanidad que le restan. La santa melancolía de un alma pura se manifiesta en las palabras de este desconocido.

Pero Alberto Regadon ha vendido su brazo por cien escudos, y como es el primer asesinato el que va á cometer, no puede menos de estremecerse con los clamores de la que será su víctima. No tiene con qué comer, y la paga de su crimen le proporcionaria los medios de aplacar su conciencia entre los placeres..... ¡cien escudos!.....

II.

¡Qué lástima! un joven de veinte años, pálido y blondo, nacido en la riqueza y educado para ocupar uno de los puestos elevados de la nación, cambiarse en asesino porque ha malgastado sus bienes y le han hecho aborrecer el trabajo los ociosos amigos que adquirió en la bella Andalucía! ¡Pobre Alberto! su corazón estaba bien lejos de desear el estermínio de sus semejantes; y á pesar de eso él se ha dejado corromper, y se oculta

ahora con los frios y rudos peñascos de una guarida de bandidos, y está acechando la presa para echarse sobre ella á deshora y merecer los brutales aplausos de esta horda de desalmados. Sus piernas inseguras se doblan hácia adentro, y se rozan una rodilla con otra como si hubiesen cortado sus tendones..... causa mucha compasion!.... Pero sus facciones se han vuelto duras y malignas, sus ojos desencajados, y aunque su brazo está levantado y armado de un puñal de Albacete, el temblor le quita la fuerza. ¡Con todo, la víctima no se podrá defender de un golpe dado á salvo!....

El débil resplandor de una pequeña linterna se acerca muy pausadamente; ¡qué aspecto tan triste y miserable muestran las grietas y entrañas de la Sierra iluminadas de este modo! Todo se vé en derredor cubierto de brezos y maleza. Un pedazo de camisa hay sobre una zarza; no es blanca ni sucia tampoco.... otro color mas imponente la tiñe, y no parece estar todavia bien enjuta. El individuo que lleva la linterna se ha detenido..... ha vuelto á andar algunos pasos..... y vuelve á detenerse otra vez; se le oye murmurar una oracion; pero no se le vé porque la linterna solo tiene cristal en la parte de adelante. Está rezando en un *via-crucis*. Al llegar á la séptima cruz, muy cerca del sitio donde se oculta Alberto, esta proximidad del verdugo al inocente que va á espirar entre sus manos, tiene un no sé qué de particular que hace dudar de la terrible ejecucion que se dispone. El portador de la luz se detiene mas tiempo que en las paradas anteriores, al pie de esta séptima señal de la redencion, como si se dispusiera á concluir sus oraciones. El resplandor se introduce en las rendijas de la madera y desaloja á una salamanquesa que tenia allí su nido.

III.

Es animal venenoso y me ha picado en un pie que llevo desnudo. Parece que ha reconocido al hombre que le visita de noche y quiere defenderle de su agresor. Ah! es imposible que yo le mate: aunque muera de hambre no mancharé mi pecho con la sangre de un inocente. ¡Y ahora mismo silva mi gefe para darme aviso!.... ¡Maldito sea tu silvido, que me precipita al foso cuando me habia agarrado á sus bordes con mis uñas para salir fuera! Al fin, cumplo mi palabra, pero dame los cien escudos, que despues yo cobraré en tu cuerpo lo que me haces quitar á este infeliz!....

IV.

He cometido el primer asesinato.

Soy otro hombre.... ya no temo; antes, hace

un minuto, la imágen de una cuchilla, de una muerte, encadenaba mis movimientos. Mis órganos percibian de una manera diversa que ahora. Un paño, no sé de que color ofuscó mi vista en el momento de arrojarle sobre él, pero no me ha impedido acertarle en parte segura. Una puñalada ha sido bastante. Debo haber variado de fisonomía; si viviese mi padre creo no me habia de conocer ¡Ay mi padre! ¡que tanto me acariciaba de pequeñito sobre sus rodillas.... que me besó en la frente al tiempo de morir!... ¡que me educaba con tanto esmero y me enseñaba á no hacer mal á nadie!...

¡Si me ofrecen otros cien escudos, me hallo en estado de irle á buscar al sepulcro!....

He visto caer el cuerpo sobre la linterna y matar el resplandor; pero esta obscuridad no me amedrenta, porque pienso en cosas muy alegres. Me acuerdo de las noches de verano en que me reunia con algunos compañeros de la universidad de Sevilla é ibamos á dar músicas y serenatas á las hermosas andaluzas del cutis moreno y pelo de azabache, que salian á las celosías y miradores á oírnos tocar la guitarra. Algunas veces la luna iluminaba las rejas, y las veíamos al través de los hierros la dentadura blanca como la nieve, cuando nos sonreian en silencio. ¡Aquel silencio era muy espresivo! ¡Cuánto hubiera yo dado en ciertos momentos, porque alguno se hubiese presentado á disputarme las atenciones de la dama!.... En aquellos arrebatos mi imaginacion no conocia el temor, y yo callejeaba solo y á media noche, y me estaba arrimado á una tápia contemplando los calados y arabescos de una antigua portada, hasta que se abria el balcon de encima y veia flotar un pañuelo blanco, como una bandera desplegada sobre las almenas de un castillo recién espugnado anunciando franca entrada á los vencedores. ¡Qué gozo el mio! mi frente aca'orada se burlaba del peligro. Tambien hácia este sitio mi corazon ha encontrado algun atractivo, y ahora tambien me burlo y nada temo, pero ¿es porque me he vuelto á enamorar? no me acuerdo de ningun amor ó rendimiento posterior á la desgracia de mi amada Catalina, y mis manos no aprietan sus delicados y tiernos dedos.... ¡Un puñal ensangrentado es lo que abarcan, y la hermosa dama rendida es este cadáver que yace á mis pies!....

Pero no temo, y en prueba de ello voy á reunirme al Feo que ya me llama para que le dé cuenta de mi desempeño. Voy á la cueva de un gefe de ladrones, y he de emborracharme porque no soy ya menos que él.

V.

¡Este bárbaro hombrachon me ha preguntado sonriéndose, si me agrada mi nueva profesion!... Le he respondido algunas palabras, pero yo mismo ignoro lo que he dicho.

Hago cuanto puedo por olvidarme de mi estado y disfrutar de sus bestiales complacencias, desatendiendo á las voces de mi corazon, y aun en algunos momentos creo que gozo como los malhechores. Si mi alma hubiese sido formada para la virtud, era imposible que yo dañase á nadie, y hace pocos momentos no he sentido una gran repugnancia en hacerlo. Señal que he cumplido con mis primeras inclinaciones. Si, yo he nacido para lo que soy ahora, y cuando niño sin duda tuve síntomas de estas emociones, pero no podia discurrir, y no me acuerdo de ello. Dentro de algunos meses lo haré sin que me ostiguen.

Estas eran las reflexiones de Alberto; el espíritu diabólico parecia haberse introducido en su cuerpo, y no se horroriza de lo que está diciendo entre sí. Porque, cometido el primer crimen, la gran barrera que se encontraba antes de cometerlo entre él y la virtud, queda vencida saltando por encima de la primer víctima, y entonces se ven las cosas de un modo menos imponente. La distancia y el tiempo que parecia deberse andar, creyendo que al asesinato se camina como por una escala graduada, desaparece, y todos los escalones que se habian de subir progresiva y pausadamente, se confunden en uno solo aunque muy elevado. ¡Qué horrible es la sonrisa del que lo salva de un solo salto!...

Alberto se ha mudado el nombre; el nuevo gefe le llama Juan Cabeza de Muerto ¡nombre desgraciado! pero no son los ladrones los que se lo han puesto, ha sido él mismo, porque cuando entró á ser salteador de caminos, ya pensaba en disfrazarse por si llegaba el caso de una declaracion....

¡La declaracion de un homicidio!...

— ¡Qué haces Cabeza de Muerto? — ¡No bebes? — ¡Pobre muchacho! Su primer empresa le ha dejado en que pensar; lo mismo me sucedió á mí cuando empecé la carrera. La verdad, que no tenia yo sino 17 años y mi primer golpe, á pesar de la repugnancia que experimenté, no fue menos seguro que el que he sacudido no ha una hora.

¡Esto me dice un hombre! y al mismo tiempo se retuerce la barba que tiene mas de cuatro pulgadas, y me muestra con la mano vendada un montoncillo de ropa y una bolsa en un rincon de la guarida. La venda de la mano es un pedazo de camisa finísima. En la zarza habia otro pedazo.

— ¡Qué tiene V. en esa mano? le pregunté,

pues todavia no estaba bastante familiarizado con el lenguaje franco de esta gente.

— Nada, un rasguño. El pícaro quiso defenderse, pero á buen seguro que con la tierra y las piedras que tiene encima no se ha de rebullir, aunque esté medio vivo. — Se ha puesto á cantar en seguida.

Es imposible que pueda espresar el efecto que han hecho en mí estas palabras. He sentido un golpe de sangre en la cabeza que me tiene atolondrado, y mis ojos ven una porcion de cosas que no puedo claramente distinguir. Un velo gigantesco y aereo me ofusca la vista, y á pesar de que no le toco, me impulsa hácia atras, y un humo espeso me ahoga. Se aumenta por grados con un ruido que va creciendo progresivamente, empezando muy pianito y concluyendo por un rumor bárbaro y atronador que parece traspasarme las sienes de una parte á otra; tambien veo muchos cuerpos de extraordinaria magnitud caer blandamente y sin causar el menor ruido, y á la caída recibo un terror pánico que me hace temblar de pies á cabeza, ¡Yo deliro!... pero los delirios de la calentura de un asesino son, comparados con los de una calentura ordinaria, como la muerte cruel de un hombre sobre el cual se desploma un pedazo de edificio, y el espanto de otro que lo vé desplomarse sin herirle. Esa mesilla de madera, la capa parda que sirve de cortina y deja pasar la claridad de una mecha encendida por las aberturas y cuchilladas de que está llena, y un mugriento banquillo lleno de clavos, son los aparatos de un banquete que se vá á celebrar, entre un viejo ladron y un novicio en el robo. Será regular que el veterano se siente, y el bisono esté á su lado en pié.

— ¡Por qué ha suspendido V. su canto? volví á preguntarle. Me gustan mucho las canciones andaluzas, y si V. gusta cantarémos á duo.

— Que me place; mas ántes voy á enseñarte una cosa que creo no te disgustará... ¡qué disgustarte! y aun te chuparás los dedos.... ¡Felipa! gritó ¡sal afuera! aqui tienes un guapo mozo. ¡Bárbaro! qué voz tan estentórea y vinosa! Esta Felipa será la compañera con quien este infame partirá su botin, y ahora me presentará á ella como un tercero en sus desórdenes.

VI.

Somos tres fieras en la palestra.

Ella baja, muy cargada de hombros, y su cara demasiado pequeña y consumida, con la nariz arremangada, pero sus ojos son iguales á los de su camarada, es decir, pequeños y encarnados

al rededor de la pupila á causa de las libaciones que menudearán á todas horas del dia.

La ha dicho que me llamo Juan Cabeza de Muerto, y ella se acerca á mí sonriéndose con los brazos abiertos para abrazarme. ¿Si me habrá juzgado esta muger capaz de deleitarme en sus impurezas? Todavía no he llegado á ese estado, porque me acuerdo de la pobre Catalina muy amenuado, y jamás podré profanar esta memoria infortunada! No la he permitido que me abrazase, y mi gefe se retira tras de la cortina ó la capa agugereada, creyendo que su presencia me estorbaba para admitir sin rebozo las finezas de su harpía. — “¡Vaya! melindres de señorito!” ha dicho entre dientes al retirarse.

— Aquí tiene V. en persona á la serrana Felipa, me dijo ella, una muger que, aunque capaz de pelear á brazo partido con cualquiera de la cuadrilla de mi chico, y de embanastar con una chaira de cachas negras á dos ganapanes á la vez, y aun acaso de esos gitanos que llevan atado el puñal á la muñeca, también sabe, cuando llega el caso, dejar á un lado su orgullo y mimar y gastar bromitas con un muchacho que se lo merezca.

— Pues á mí no me gustan los mimos, la respondí secamente, casi indignado y lleno de vergüenza, y suplico á V. se aparte de mi lado porque deseo estar solo.

— ¡Oiga! quiere estar solo, eh? pues sepa el boquirrubio y voluntarioso pillete, que jamás se ha repartido un solo maravedí, ni se ha bebido un cortadillo solo, sin que estuviese yo delante, para presidir á la distribucion, que se hace con tanta religiosidad, que el que se queja no se vá sin una aberturita que vendar, en castigo de su falta de respeto. Y así señorito, avéngase á mi voluntad, sino quiere pasarlo mal en un parage tan agradable y divertido.” — Y levantándose el zazalejo de bayeta me mostró una navaja, atada con un bramante á su descarnada y súcia pierna. Esta accion me ha llenado de terror, y no me atrevo á pronunciar una sola palabra. Al fin, esta maldita bruja, valiéndose de mi sobrecogimiento, me ha dado un beso en la frente, y he sentido un frio repentino que ha penetrado mis entrañas y hace trabajosa mi respiracion. Los padecimientos que he empezado á sufrir me tienen en un estado de anonadamiento y estupor, pero si continuo en esta clase de vida presto llegaré á la insensibilidad estúpida de los hombres familiarizados con el crimen.

Una docena de hombres de malísima traza, acaban de entrar precedidos de su gefe, por una trampa oculta entre la maleza, detras de la capa que sirve de colgadura.

De ellos dos ó tres llevan altos los pantalones,

para descubrir las señales de los hierros del presidio, y uno de estos no tiene narices. Regularmente me dirán “¡Camarada, echa esos cinco!” y tendré que tocar sus manos, porque sino serán capaces de escupirme en la cara. En efecto, ya han apretado mis dedos con sus curtidas manoplas, y se me ha representado el momento de atarme las manos con los rudos cordelos antes de ajusticiarme, y al fin yo soy uno de ellos.

Sentémonos al banquete, puesto que el Feo me ha cedido parte de su banquillo; y oigan mis oídos el lenguaje de los bandidos y los gritos de su bestial regocijo. Todos los de la cuadrilla permanecen en pié alrededor de la mesa, pero esto durará hasta tanto que la embriaguez les arrastre por el suelo. Sus miradas son atravesadas, sus acciones torpes y perezosas, y en sus semblantes solo se nota indolencia y atrocidad. Se presentan como fatigados del trabajo.... ¡trabajo fatigoso y diabólico!

Lo que mas me ha impuesto ha sido el ver que uno de estos ladrones limpiaba mucho su navaja y su vestido. Pero lo hacia de modo, que un festin entre gente mas timorata, acaso no mereciera tanto aseo. Esta limpieza y pulcritud causa espanto en hombres de esta clase, porque rara vez se ven estos fenómenos.

A pesar de que Felipa está desempeñando los deberes de una ama oficiosa, y tal vez un poco aseada, que las viandas que presenta no son correspondientes á los paladares de los que las engullen, y que los cubiertos son de plata, me parece que estoy en una fiesta de espectros, y que el diablo me hace las porciones.

— ¡Vamos ahora á cantar! dijo el gefe, después de haber remojado el gáznate con un par de vasos de mosto manchego y uno mas pequeño de manzanilla, de cuyo licor, por una fineza nada comun, me hizo probar en su mismo vaso. Tú me acompañarás, cabeza de.... de.... de chorlito! (que ya el licor empezaba á obrar sus efectos); y tomando una vihuela me la entregó para que tocase.

— ¿Por qué tono he de acompañar?

— ¡Yo no entiendo de tonos! me responde casi enfadado, y juzgando mi pregunta como una interrupcion del canto que iba á comenzar con toda la presuncion y desembarazo de un músico consumado.

— Pues en ese caso.... No me dejó concluir mi frase; irritóse como si le hubiera injuriado, y me dijo haciendo mil gestos de cólera. — ¡A ver como toca sin replicar mas palabra! sino quiere divertirnos un rato bailando las seguidillas de San Vito! Me enseñó en seguida, con grave y amenazador continente, una argolla pendiente del techo y prosiguió— ¡sea dócil! ó haré que dos de mis soldados, entre puntapiés y bofetones y carcaja-

das, en ella le estiren la figura!... Levanté la cabeza, miré la argolla fatal y me estremecí. Mientras yo permanecía con los ojos clavados en la tierra, comenzó el Feo su cantata. Lo primero fue una especie de falsete chillón ó gallipavo, que su garganta estaba demasiado áspera para producir mejores sonidos, y al cabo de un prolongado mugido, consiguió modificar algunos puntos terminando por una voz solemne y sepulcral. Así continúa todo el cantar. Oiré sus broncos acentos y arreglaré mis cuerdas.

I.

Un pañuelo en la cabeza,

Y una faja,

Una gitana belleza,

Una baraja,

Vale mas en esta tierra

Con una cuchilla al cinto

Y una botella de tinto,

Que la Francia y la Inglaterra.

¿Qué vale vivir en calma

Sin probar á la fortuna?

Que mi alma

Es, aunque fiera,

Mas entera

Que otra alguna.

Y prefiero los amores

De mi morena Felipa,

Entre el humo de mi pipa

Y el vapor de los licores.—

II.

Habitar bajo artesones

De azul y oro,

Reclinarse en almohadones

Como un moro,

Y para hacerse temer

Usar por el brazo el nombre,

Es cosa indigna del hombre,

Y propia de la muger.

¿Cuánto mas vale mandar

De los bandidos la nata,

Y brindar,

Mientras mi tropa

Quita ropa

Y quita plata?

Que prefiero los amores

De mi morena Felipa,

Entre el humo de mi pipa

Y el vapor de los licores.—

III.

Yo solo con mi cuadrilla

Veterana,

A las leyes de Castilla,

Si es mi gana,

Quito todo su poder;

Me río de su condena,

Y del presidio y cadena,

Me hago en la Sierra temer,

Y si dura mi cabeza

Cuanto dure mi canana,

De riqueza

He de embutirla,

Y ceñirla

A mi Serrana.

Que prefiero los amores

De mi morena Felipa,

Entre el humo de mi pipa

Y el vapor de los licores.—

IV.

No tiene pelo dorado,

Ni ella canta,

Ni collar abrigantado

En la garganta;

Pero su fuerte cabello

Es negro como la mora,

Y hace visos de señora

Sin perfumes en el cuello,

Y mas la quiero brindando

Con mi copa y con mi gente,

Que adornando

Con granalte

El esmalte

De su frente.

Que prefiero los amores

De mi morena Felipa,

Entre el humo de mi pipa

Y el vapor de los licores.—

V.

Que busquen mis dos guaridas,

Mi cabeza,

En las rocas guarnecidas
De maleza,
Entre Olalla y Santipon,
Ó entre Córdoba la bella
Y la venta de la Estrella
Que tengo en contribucion.
Y como me echen el lazo,
Y me lleven á Triana,
Por el brazo
Habrán de unirnos,
Y han de oirnos
La tirana.

Que prefiero los amores
De mi morena Felipa,
Entre el humo de mi pipa
Y el vapor de mis licores. —

VI.

Ni quiero pasar mi vida
Y mis amores,
En la cárcel distinguida,
Con señores;
En la que dá al arenal,
Con estatuas adornada:
Prefiero la gente honrada
De pecho al aire y puñal.
Y aunque soy tan caballero
Como lo es el asistente,
Vivir quiero,
Si me encierra,
Bajo tierra
Con mi gente.

Que prefiero los amores
De mi morena Felipa,
Entre el humo de mi pipa
Y el vapor de los licores. =

Cuando acabó su tercera estrofa, cesé yo de acompañarle; mis dedos se entorpecieron como si una pócima repartida por mis miembros hubiera producido su efecto, y fue tal mi estupefaccion y aombro al ver los semblantes risueños de los compañeros, que celebraban esta cancion con descumpasadas y bárbaras risotadas, que casi me persuadí á creer que me hallaba en una fiesta de esceerzos con el uso de la palabra. La heroina de los vlrsoz gozaba de su triunfo, repantigada en una sileta de tabla, y de vez en cuando me dirigía

unas miradas al soslayo, como reprendiéndome de la sequedad que usé ántes con ella, mientras toda aquella horda se disputaba la preferencia en sus cariños. Me hallo convertido en un irracional, ni sé lo que me pasa, ni me asombra ya la diferencia de estos tiempos á los pasados, que hace un rato de acibarados remordimientos me llenaba el corazon. Solo sé que esta muger me causa compasion, mas ignoro la causa. Cuando yo era estudiante y obsequiaba á alguna sevillana de la clase inferior, me acuerdo que muchas veces sufrí sus desaires porque ella conocia que, nacida en pardo sayal, seria difícil que de mi trato sacase otra cosa que manchas en su honor. Tal vez esta muger haya sido en su juventud bastante virtuosa, y habrá despreciado los obsequios de algun caballero por enlazarse con mi gefe y seguir su mala vida.

Mis camaradas van experimentando el poder del vino, y el Feo está ya sumergido en el mas profundo sueño. ¡Si yo pudiese engañar á esta muger, que no parece dormirse!... tentaciones me dan de escaparme.... no puedo sufrir mas tiempo el olor de la sangre! =

VII.

— Buena muger, ¿se interesaria V. por mí?

— Sí, hijo mio, aunque no debiera, porque tus desprecios no me han dejado muy satisfecha. ¿Qué quieres? Todo cuanto ves está á tu servicio si te enmiendas. Pide lo que gustes.

— Solo quiero un favor: el vino me ha hecho mal, tráigame V. un poco de agua, en tanto yo cuidaré de cerrar la entrada de esta cueva.

— Voy al momento.

Se ha marchado por la trampa y me deja solo. Este bolsillo sufragará á mis gastos hasta Sevilla, y me quedará dinero para establecerme en parage menos odioso que una quiebra de Sierra-Morena. Cubro con mi capa á uno de estos beodos, y me llevo ese lio de ropa que será mas decente que la mia rota.

He salido atolondrado de la guarida, y he tropezado con mi víctima en el camino. ¡Qué horror!... Yo creia, mientras presencié el convite, que apartándome de aquel lugar encontraria la felicidad en cualquiera otra parte; pero este tropiezo fatal me ha hecho ver que yo he contribuido á difundir el vicio fuera de su copa.

Si hiciera luna ¡qué perspectiva tan horrenda se presentaria á mis ojos!

El miedo me hace volver la cabeza á cada paso de mi acelerada fuga, y cuando miro hácia adelante, una cuchilla reluciente vuelve su punta á mis ojos; de manera que mi viage de vuelta, yendo cargado de oro, es mas miserable que mi

llegada á este sitio, muerto de hambre. ¿Y en qué consiste esto?....

VIII.

—Aquí tienes ya el agua..... Pero ¿dónde estás, Cabeza de Muerto? ¡Ah! pobrecito! algun vahido le ha postrado en el suelo. Le quitaré la capa de la cabeza y le rociaré con agua. Levantó Felipa la capa, miró un momento con ceño de meditacion, y luego, sacudiendo de repente la cabeza, alzó las cejas, entreabrió la boca y exclamó admirada. ¡Media-Barba!... pues, y Cabeza de Muerto dónde anda? El picaresco se ha valido sin duda de mi buena fé y ha tomado el portante. No, no volveré á fiarme de muchachos. ¡Mire V! y con aquella carita de ángel!....

—¿Que hay Felipa? dijo Media-Barba como asustado: ¿han venido en nuestra busca ya?.... bien le decia yo al Feo que hubiéramos hecho mejor en apoderarnos de las mulas de aquellos dos canónigos, que en clavar el pecho á aquel pobre mozo..... ¡lo juro por mi media mandíbula!.... y no por eso creas que soy un mandria ó un gallina, porque bien acreditado tengo lo contrario. Volvió á cerrar sus ojos y no habló mas.

¿Qué criado, ni qué canónigos? repuso Felipa despues de haberle escuchado. ¡Tú sueñas! ahí te finges aventuras y lances á tu talante, cuando hace mas de ocho dias que estás hecho un cobarde! ¡Cuando te veré dar una mojada ó apretar un garlito!.... Bien pudieras, en vez de roncar, seguir el ejemplo de tu gefe.....

—Ya lo sigo, dijo Media-Barba, sin abrir los ojos.

—Quiero decir, contestó Felipa, que asi como tu gefe me ha hecho un buen regalo esta tarde con un lio de ropa y una bolsa con diez onzas de oro que ha quitado, bien podias tu hacermelo semejante y entonces merecerias mas mis cariños. Pero mientras te contentes con las glorias de tu noviciado y con el significativo apodo de Media-Barba, por la cuchillada de aquel carabinero de antaño, y no quieras empeñarte en campañas aun mas arriesgadas, no volveré á mirarte con ojos hechiceros, sino con desprecio, ni oirás de mi boca aquellas sales que cautivan á todos mis privilegiados. ¡Anda! que no debo yo prostituir mis encantos con un hombre como tú!....

Si nuestro Media-Barba se hallara á la sazón mas fresco de cerebro, la arenga con que Felipa procuraba picar su amor propio, valiéndose del estado del ladron, que era de carácter altanero é indomable cuando se le echaba en cara su pereza, le hubiera causado alguna sensacion; pero es el caso que Media-Barba estaba sordo á las espresiones de esta meguera, y asi volviéndola las espal-

das, y dando un ronquido bestial, despues de haber entreabierto los ojos colorados para mirarla, se entregó al sueño, dejando á Felipa arrodillada á su lado y con el vaso de agua en la mano, sin saber que hacer.

Esta vieja tenia cautivados los corazones de aquellos infames, á escepcion de Media-Barba que la aborrecia por su fealdad, aunque él no era menos feo. Por una guiñada de ojo, una asquerosa sonrisa, ó algun dicharacho impúdico de Felipa, lanzábanse furibundos al crimen, y se disputaban el lauro con que ella habia de coronar al mas temerario. Este lauro era siempre alguna deshonestedad.

Es probable que la cuadrilla continuase durmiendo, hasta que una buena coyuntura de poner en ejercicio su profesion, les hiciese abrir las bocas, estirar los brazos y agarrotar el cuerpo para empuñar en seguida el puñal, al mismo tiempo de colgarse al pecho el escapulario. En tanto Felipa cuidará de las faenas domésticas, y procurará inventar y forjar nuevas arengas para atraerse al rebelde Media-Barba á sus inmundas y diabólicas caricias. Cuando echen de menos la ropa y el dinero que Cabeza de Muerto se ha llevado, le llenarán de maldiciones y jurarán colgarle en la fatal argolla de la caverna. ¡Pobre Alberto! y estas maldiciones las repetirán todos los dias, al acostarse, y al abrir los ojos para que otros desgraciados los cierren. =FIN DE LA PARTE PRIMERA.

La segunda al número siguiente.

COLECCION de 88 vistas litografiadas de los sitios Reales y de Madrid, sacadas de las que ejecutó al óleo el pintor de cámara Don Fernando Brambilla, de orden del Sr. Rey D. Fernando VII (Q. E. G. E.), para adornar los palacios de los espresados sitios, la que se publica por cuadernos cada quince dias sin interrupcion, compuestos de cuatro estampas, en papel de marca mayor sobre fino de vitela, al precio de 50 rs. cada uno para los señores suscritores de esta corte, llevado á sus casas, y para los de las provincias á 55. Las vistas de que se compone el primer cuaderno son las siguientes: =Del Real sitio de S. Ildefonso, la de la fuente de la Fama que arroja el agua á 150 pies de altura. =Del de S. Lorenzo, la vista principal del monasterio por la parte de poniente. =Del de Aranjuez, la del Real palacio tomada desde el jardin de la Isla. =Y de Madrid, la vista

de la puerta de S. Vicente con parte del Real Palacio. Los señores que gusten suscribirse podrán hacerlo en el despacho de estampas del Real establecimiento, situado en la calle del Príncipe al lado del teatro, adelantando, el importe del primer cuaderno, y al recibo de éste el del segundo, y así sucesivamente, seguros de no sufrir el menor retardo en la publicacion por hallarse ya concluida la espresada coleccion, que puede ser tambien adquirida de una vez desde hoy.

Ya han salido á luz las dos primeras entregas.

Inmensos aunque apenas sensibles son los pasos que vamos dando hácia el alto grado de cultura en que se hallan las dos primeras naciones de Europa bajo el aspecto de la inteligencia, la Alemania y la Inglaterra. Para los muchos hombres que hay en España, superiores por sus luces á nuestra época, para aquellos que viven, uno ó dos siglos mas adelantados que sus compatriotas, debe ser un objeto de estudio interesante y profundo esa lenta materia con que vá bajando la ilustracion de una á otra clase social, como penetra el calor del sol en un cuerpo metálico, atravesando sucesivamente de arriba abajo las diferentes capas de que se compone. Obra curiosa y útil seria por cierto la que presentára bien coordinados, un cierto número de principios fundados en repetidas observaciones, donde se vieran como en una escala, las diferentes causas que mas han contribuido á ir disipando una á una las densas tinieblas en que aparece envuelta la cuna primitiva de las naciones. Pero para formarse una idea de las dificultades infinitas que presenta el buen desempeño de semejante obra, bastará que tomemos una época aislada de nuestra historia y meditemos sobre ella: en los 35 años que tiene este siglo, han hecho los españoles adelantos verdaderamente extraordinarios: nuestro pueblo se ha civilizado de una manera increíble, y sin embargo ¿cuáles son los principales sucesos que han agitado este breve periodo de tiempo? Una guerra á muerte con la nacion mas belicosa del mundo: perpetuas disensiones intestinas: dos grandes revoluciones, odios, persecuciones, destierros, y finalmente, una guerra civil, terrible como la exaltacion de los partidos....

Y en medio de tantos elementos de ruina, las artes, las ciencias, y sobre todo la ilustracion popular, han hecho increíbles progresos. Muchos ejemplos pudiéramos citar; pero limitándonos á uno solo la *Coleccion de vistas de Madrid y Sitios Reales*, que ahora se publica, es una prueba

de esta verdad, pues las obras de esta naturaleza revelan en la nacion que hace de ellas el debido aprecio, no siendo seguramente como no lo son objetos de primera necesidad, lo que pudiéramos llamar un gran lujo de civilizacion. Esta preciosa série de estampas, empezada á ejecutar bajos los auspicios del difunto monarca D. Fernando VII y continuada bajo los de su augusta Viuda, es por el mérito de la ejecucion y la elegancia de su conjunto, digna de rivalizar con lo mejor que en este género se publica en los paises extranjeros. Imposible nos parece, atendido ademas su precio muy moderado, que no halle en nuestro ilustrado público esta coleccion la buena acogida que merece; pues aun prescindiendo de las muchas calidades que la recomiendan á todas las personas de gusto, no puede menos de ser muy lisongero para todos los inteligentes poseer en esta série de vistas una prueba palpable del alto grado de perfeccion á que ha llegado en nuestra patria el arte de la litografía.

A la ausencia de Dolaura.

Soneto.

Cuántas veces, tranquilo Manzanares,
A la sombra de este álamo yacía
En brazos de mi bien y yo vivía
Olvidado á su vista de pesares!

Cuántas veces oyendo los cantares
Del colorin mi lábio al suyo unia,
Y cuando el sol hácia el ocaso huía
Iba á gozar en sus paternos lares!

Cambió ¡ay de mí! tan venturosa escena,
Que ya marchó Dolaura de esta orilla,
Y todo es soledad y luto y pena.

Marchó...!! Y el llanto surca mi megilla...
¡Feliz Guadalquivir! ¡feliz su arena!
¡Feliz el sol que la verá en Sevilla!

M. A.

ESTAMPAS: Interior de un Harem. Lectura interesante.

En nuestro próximo número publicaremos una copia exacta del dibujo que nos ha enviado de Roma el Sr. Solá, de la estatua en bronce del gran Cervantes.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. -- FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.

EL ARTISTA.



D. JUAN NICASIO GALLEGO.

